

DÍA 28 - LA ORACIÓN - EL ORAR DE UNA MADRE

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

San Manuel González - Obras Completas, Tomo I - Texto extraído de “**Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio**”

Cómo oraban las madres en el Evangelio

933. Si la oración es el quejido que ante Dios exhala la necesidad, las madres, que más que sus necesidades y penas sienten las de sus hijos, tienen que ser almas de mucha oración.

Varias veces se las ve aparecer en el santo Evangelio, siempre pidiendo y nunca para ellas, sino en favor de sus hijos.

Ahí están las madres que ponían sobre las rodillas de Jesús a sus hijuelos para que se los bendijera y orara sobre ellos: la porfiada madre de la cananea, la ambiciosa madre de los Zebedeos, la desolada madre viuda de Naím, y por encima de todas, y ungiendo de majestad y eficacia la oración maternal, la oración de la Madre Inmaculada de Jesús.

¡Qué bien enseñan a orar con fe, con humildad, con perseverancia y con fruto esas madres del Evangelio!

Vedlo.

La oración de las madres de los pequeñuelos

934. El santo Evangelio no las nombra; pero ¿quién sino ellas, con esa finura de instinto y valentía de ingenio que da el cariño maternal, iban a llegar al piadoso atrevimiento de avasallar las incontables y apiñadas muchedumbres que rodeaban al Maestro, interrumpir la predicación que hacía, saltando por encima de las increpaciones y reproches de los apóstoles para con los menudos alborotadores de la predicación de Jesús?

Preparación remota

935. En todos los casos aquí presentados de oración en el Evangelio, observad que la preparación remota para todas esas oraciones es siempre la misma, aunque con distintos nombres: el cumplimiento habitual del propio deber, que en los pastores se llama vigilancia y guarda de sus ganados, aun a las altas horas de la noche; en los magos se llama estudio y observación de los astros, y en los niños se llama vivir y portarse a lo niño.

Pues bien; la preparación remota de la oración de estas madres del Evangelio era sentir, obrar, pensar y proceder a lo madre. Con esto se dice todo el deber habitual de ella. Seguramente a sus oídos habrían llegado las noticias que corrían por las bocas de todos sobre la virtud que exhalaba del divino Nazareno y el ansia con que las muchedumbres esperaban su paso por los pueblos y por los caminos para tocar siquiera sus vestiduras y obtener curaciones de incurables enfermedades del cuerpo y del alma, y sin duda en el corazón de las

madres que eran verdaderamente tales, antes de ningún otro deseo surgiría avasallador y obsesionante éste: ¡Si mi niño tocara a Jesús! ¡Si Jesús tocara a mi niño!

Preparación próxima

Y ese deseo tan legítimo y tan propio de una buena madre se trocaba muy presto en esta decisión: "Yo he de llevar mi niño a Jesús".

Deseo y decisión tan vehementes como eficaces dan por resultado ese cuadro, siempre tierno para la piedad como para el arte, de madres arrodilladas, poniendo sobre los brazos y las rodillas de Jesús a sus pequeñuelos.

La oración

936. ¿Qué piden, qué exponen, qué esperan esas mujeres arrodilladas?

Más que con palabras estudiadas, aquellas mujeres oran con sus caras anhelantes y sudorosas, con sus lágrimas de emoción corriendo por sus mejillas, con sus manos levantadas en alto sosteniendo y presentando pequeñuelos, con sus gritos y sollozos condensados en estas dos exclamaciones: ¡Jesús! ¡mi niño! Y en medio de madres y de hijos el Maestro bueno, el dulce Jesús, sentado sobre una piedra del camino o sobre el tronco cortado de un árbol, extiende sus manos para abrazarlos y bendecirlos, y abre su boca para orar al Padre por ellos y estampar sobre sus frentes un beso.

¿Y sería aventurado afirmar que en aquella, para el Corazón de Jesús, tan dulce y grata tarea, como para sus apóstoles pesada e ingrata, la Madre dulcísima de Jesús, la única que entendía todo el misterio de aquellas escenas, se ofreciera de intermediaria, entre las madres y Jesús, y con sus propios brazos tomara, levantara y acercara a los chiquillos más distantes y de modo singular a los que venían sin madre?

Sí, era Ella entonces la única que podía entender el misterio, inaccesible para la orgullosa sabiduría humana, del reino de los cielos abierto sólo a los niños y a los que, como niños, se hicieran.

El santo Evangelio nada dice de la historia de estos venturosos niños; la tradición piadosa asegura de algunos de los primeros discípulos de los apóstoles y mártires de la Iglesia, como san Ignacio mártir entre otros, que pertenecieron a aquel privilegiado grupo; pero aunque la historia no lo diga, la piedad está cierta de que la oración de aquellas felices madres en favor de sus hijuelos fue oración de fecundidad inapreciable.

Besos y abrazos, sonrisas y bendiciones de Jesús y de María en la tierra virginal del alma inocente: ¿Qué cosecha de dulces frutos no daríais?

... ..

937. Madres cristianas, ¡van quedando tan pocas, Dios mío, en esta hora de irrupción de inmoralidad y paganismo en el hogar! Madres de verdad cristianas, cuyo amor y solicitud por vuestros hijos os hacen temblar siempre ante el mañana tan incierto como oscuro, ¿habéis olvidado que el divino Nazareno, el Jesús de los niños, todavía vive? ¿Por qué no le lleváis

vuestros hijos? Con menor dificultad que las madres del Evangelio podéis llegar hasta Él. ¡Llevalle muchas veces a su casa del Sagrario a vuestros niños por muy pequeños que sean!

Invisiblemente, sí; pero tan de verdad como entonces, sobre sus frentes, sin arrugas de remordimientos, caerán sus besos, sobre sus hombros sus abrazos, sobre sus almas sus sonrisas y bendiciones...

Marías, Madres cristianas, imitad a vuestra Madre Inmaculada llevando muchas veces al Sagrario de Jesús los pequeñuelos que encontréis y podáis, singularmente los que están más lejos de Él o no tienen madres que los lleven.

¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!
¡Ave María y adelante!